



PRESENCIA DE XAVIER VILLAURRUTIA. "¡Seré polvo en el polvo y olvido en el olvido! / Pero alguien, en la angustia de una noche vacía, / sin saberlo él, ni yo, alguien que no ha nacido / dirá con mis palabras su nocturna agonía." En estos versos, Xavier Villaurrutia (muerto en la noche de navidad del 1950) confirmaba el sentido que alentó su breve obra poética. Habitado a rescatar del curso de la noche las imágenes que petrificarían su soledad, el hombre que vivió gastándose para su fin, halló que esa pasión trascendería la muerte y a la postre, sería el testimonio que justificara su trabajo lírico.

Diez años han bastado para saber que Villaurrutia no morirá del todo y que, si muy pocos recuerdan al hombre que con sus textos y pretextos modificó la expresión artística del mexicano, el lívido y riguroso autor de algunas Décimas y Nocturnos ejemplares será nombrado al par de nuestros más grandes poetas. En revistas como *Ulises*, *Contemporáneos*, *Letras de México* y *El Hijo Pródigo*, dejó Villaurrutia los ensayos y notas que marcaron sus preferencias y su actitud ante los cambios de un arte que iba variando con la historia y hacía cambiar la realidad. Atento al cine y la pintura, el crítico impuso algunas de las formas que hoy son costumbre en las publicaciones nacionales. Su labor periodística, cumplida en el espacio de veinte años, es casi tan importante como su influjo en las corrientes que reanimaron nuestro teatro. En la escena, las actividades de Villaurrutia no se limitaron a la elaboración de piezas que asombran más por la inteligencia de sus diálogos que por su auténtica eficacia dramática. Director y traductor, ofreció a un público que admiraba el melodrama y la zarzuela, las obras de esos autores que llevaron a nuevas concepciones el gran teatro del mundo.

Por encima de estas motivaciones, hoy, sobre todo, interesa el poeta que, iniciado en un mundo que poblaban los enseres gratos a López Velarde, elevó el canto de su angustia a una zona de pureza y contención no repetida ni probada en México. Ya el mejor ensayo que se escribió sobre sus libros —el prólogo de Alí Chumacero a la edición *Poesía y teatro completos* (1953)— advertía que su postura no era otra que la adoptada por Rilke y, atrás los siglos, por los poetas españoles, esencialmente Quevedo y Calderón. Antes, en 1938, Octavio Paz vio en *Nostalgia de la muerte* los signos de una conciencia que trasmitía sus más profundas impresiones, el rescate creador de la muerte que va creciendo sobre nuestras vidas. Afín a otros espíritus, Villaurrutia precisaría, para revelarse ante sí mismo, de la lectura de Supervielle y André Gide. Sonámbulo, despierto y dormido a

la vez, hablaría finalmente de "vivir después de haber muerto." Acaso su *Epitafio* sea lo más justo para dar fin a esta recordación: "Duerme aquí, ¡silencioso e ignorado, / quien en vida vivió una y mil muertes. / Nada quieras saber de mi pasado. / Despertar es morir. ¡No me despiertes!"

MIMESIS Y CREACIÓN. Director del Museo de Arte Moderno de París, Jean Cassou ha publicado recientemente un *Panorama des artes plastiques contemporaines*. Destinado a un amplísimo público, trata de elucidar este fenómeno, de situarlo y relacionarlo con otros aspectos del universo contemporáneo. Cassou entiende que la evolución, realizada en contra de la sociedad y los poderes oficiales, se inicia con la pintura de Paul Cézanne, que al luminoso encanto de los impresionistas, opone la severidad de una conciencia artística en la cual la naturaleza viene a ser una construcción sometida al libre juego del color. La división de las formas, operada por el neopresionista Seurat, anticipa el cubismo y el futurismo, búsquedas que rehusan la servidumbre ante el objeto y en su elaboración del espacio visible engendrarán el arte abstracto, mejor llamado "no figurativo".

Lejos de representar servilmente la vida, la plástica moderna es una *expresión*, y el artista moderno (llámese Picasso, Braque, Rouault, Klee, Mondrian, Leger, Matisse, Kandinsky o Giacometti) en sus creaciones no trata de definir el mundo de las apariencias del mismo modo que se presenta a los sentidos: formula las relaciones de conciencia a objeto que lo hacen aceptar o rechazar ese orbe tangible.

Contra la incompreensión, contra el desprecio, la pintura supo encontrar nuevos "lenguajes" por medio de una libertad que ha propiciado más el hallazgo que el exceso. El retraso de siglos que el gusto común observa respecto a la materia, puede ser mitigado a través de estudios como este de Cassou, que a la significación de sus palabras junta los documentos fotográficos que prueban la aventura y el orden del vasto arte moderno.



EL TIBURÓN Y LAS SARDINAS. *La política de los Estados Unidos en América Latina* (1913-1916) es el tema y el título de un ensayo de Arthur S. Link que ha editado el Fondo de Cultura Económica. Link redactó su texto con fabricada imparcialidad y con presunta simpatía hacia los pueblos que han sufrido el rigor de ser vecinos de una de las naciones más poderosas en la tierra. Sin proponérselo, Link traza un capítulo de la biografía del imperialismo, justificando —a la luz de los hechos y de los testimonios aquí expuestos— la animadversión que los hispanoamericanos sienten por el gobierno (no por el pueblo) norteamericano. La etapa que cubren estas páginas es altamente significativa y predice la posibilidad de un libro que se ocupara de las actividades intervencionistas: desde el conflicto texano y la invasión a México en 1846, hasta el problema que las medidas revolucionarias cubanas plantean a las promesas de la Casa Blanca. La actitud de los Estados Unidos al finalizar el siglo XIX —y con él, la dominación española sobre las islas del Caribe—, las violaciones consumadas más tarde en Centroamérica, hacen pensar en la justificación del dolorido sentir con que nuestros países enjuician a Norteamérica. Pero Link quiere convencernos de que Woodrow Wilson y su secretario de Estado, William J. Briand, fueron dos idealistas ajetreados en imponer una política exterior regida por la igualdad y por la justicia. Sus afanes resultaron vencidos por la situación internacional y las exigencias económicas que hacían inevitable el proteger los intereses amenazados por conflictos internos. Defensor de la autodeterminación y de la autonomía, Wilson olvidó su ética y sus aspiraciones fraternales al enviar la ira de sus ejércitos contra los pueblos que dirimían su libertad. El desembarco de la escuadra yanqui en Veracruz, la violación del territorio mexicano con el objeto de castigar las depredaciones realizadas por Villa en algunas ciudades fronterizas y la intromisión en los asuntos de Haití y Santo Domingo, comprobaron que Wilson no vaciló en extenuar su propio idealismo cuando lo reclamaba el interés de los inversionistas en peligro.

El desconocimiento profundo de los alcances y propósitos de la Revolución Mexicana no atempera el uso erróneo de un método personalista y anecdótico que ya la historia ha superado, ni la preocupación por limpiar de toda culpa las agresiones imperialistas — agresiones acaso perdonables con el criterio del vencedor, no del caído. Es visible el fracaso de un autor bien dispuesto a quien sus creencias, sus prejuicios, su nacionalidad condenaron mucho tiempo antes de que empezara a estructurar su libro.